

La Catedral de Astorga y el reloj de la sinagoga de Praga

Alberto DELGADO

No lo he visto, pero lo he leído. No puedo decir, por tanto, que sea cierto, pero tampoco tengo razones par dudar de ello: cosas más raras he presenciado en mi ya larga existencia. Lo que he leído es que, en el reloj de la Sinagoga de Praga, las manecillas giran al revés. Es decir, que una hora después de las diez, el reloj no marca las once, sino las nueve. Una hora después de las nueve el reloj no marca las diez, sino las ocho, y así el reloj, en vez de avanzar en el tiempo, va retrocediendo.

Muchos, especialmente los entrados en años, se apuntarían a este hecho extraordinario. Los jóvenes, quizá no. Los jóvenes preferirían apuntarse al cuento que escuché, hace casi sesenta años, al Director del Instituto Cervantes, don Enrique Montenegro. En este cuento, a un príncipe niño, un mago le regaló un ovillo milagroso, que al tirar del hilo, hacía avanzar el tiempo. El principito fue tirando del hilo, y pasó rápidamente de la infancia a la juventud, de la juventud – a costa de la muerte de su padre – al trono, del trono al matrimonio y, tirando, tirando, a los hijos, a los nietos... hasta que apenas le quedó un trozo de hilo. ¿Y ahora? Preguntó al mago que le había proporcionado el ovi-

llo. “Pues ahora, prepárate a morir porque te queda muy poco de vida”. Y el principito, ya anciano rey, se dio cuenta de que, para lo bueno y para lo malo, no se puede jugar con el tiempo.

Para enfrentarse con el tiempo no hace falta el reloj de la Sinagoga de Praga. Recientemente me vi cara a cara con la muerte, y entre fuertes dolores y fríos sudores, mientras me dirigía a las urgencias del hospital, traté de hacer lo que se denomina un acto de contricción perfecta, es decir, el arrepentimiento por los fallos y los errores (¿Qué es el pecado sino un gran error?) de toda una vida imperfecta. Cuando me encontraba en la camilla, rodeado de tubos, y agujereado a pinchazos, pedí la presencia de un sacerdote, que llegó enseguida, lo que en los tiempos en que corremos es muy de agradecer, y así lo hago a la Clínica de la Concepción.

Pasado el susto, superado el trance, en mi siguiente viaje a Astorga me refugié en la Catedral. Y me di cuenta que allí, entre el silencio rodeado de piedra, podía encontrar, con la tranquila y profunda meditación, el análisis sereno de los fallos de una vida, y el diálogo fluido con un Dios infinitamente misericordioso.

Insisto: para retroceder en el tiempo, para vivir los grandes y pequeños fallos de una vida, no necesito el reloj de la Sinagoga de Praga. Me basta y sobre con la Catedral de Astorga.